

A close-up, high-contrast photograph of an elderly man's face, likely Edgar Morin. He has a serious, contemplative expression. His skin is wrinkled, and his hair is thinning. He is wearing a dark red turtleneck sweater. His hands are visible in the foreground, slightly out of focus, with a ring on one finger. The background is dark and indistinct.

Edgar Morin

Lecciones de un siglo de vida

Edgar Morin

Lecciones de un siglo de vida

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *Leçons d'un siècle de vie*, de Edgar Morin
Publicado originalmente en francés por Éditions Denoël

1.ª edición, abril de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Denoël, 2021

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2022

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S.A., 2022

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3931-8

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 3.640-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

<i>Preámbulo</i>	7
1. La identidad una y múltiple	9
2. Lo imprevisto y lo incierto	25
3. Saber vivir	39
4. La complejidad humana	55
5. Mis experiencias políticas: en el torrente del siglo . . .	67
6. Mis experiencias políticas: los nuevos peligros	87
7. El error de subestimar el error	93
<i>Credo</i>	105
<i>Mementos</i>	111
<i>Agradecimientos</i>	115

LA IDENTIDAD UNA Y MÚLTIPLE

¿Quién soy? Respuesta: soy un ser humano. Este es mi sustantivo. Pero tengo varios adjetivos cuya importancia varía según las circunstancias: soy francés, de origen sefardí, parcialmente italiano y español, ampliamente mediterráneo, culturalmente europeo, ciudadano del mundo e hijo de la Tierra-Patria. ¿Puede uno ser todo eso al mismo tiempo? No, pues según el momento y las circunstancias, unas veces predomina una identidad y otras veces predomina otra.

¿Cómo se pueden tener varias identidades? Respuesta: de hecho, es el caso más corriente. Todos tenemos la identidad de nuestra familia, la de nuestro pueblo o nuestra ciudad, la de nuestra región o etnia, la de nuestro país y, finalmente, la más amplia de nuestro continente. Todos tenemos una identidad compleja, es decir, a la vez una y plural.

MI IDENTIDAD UNA Y PLURAL

La conciencia de mi identidad una y plural se me ha impuesto progresivamente. Mis padres inmigrantes no tenían identidad nacional. Tenían una identidad etnorreligiosa sefardí y una identidad de ciudad, Tesalónica, un oasis apacible en el Imperio otomano desde 1492, donde la mayoría de la pobla-

ción era judía. A diferencia de los griegos, serbios y albaneses conquistados y colonizados por los turcos, los judíos fueron acogidos y no sufrieron ni abusos de los jenízaros ni persecuciones de los otomanos. Una parte de ellos, llegados de Livorno (Toscana) a principios del siglo XIX, habían aportado las ideas laicas, el capitalismo y luego el socialismo. Salomon Beressi, mi abuelo materno, era abiertamente librepensador y enseñaba a sus hijos una moral sin Dios. Mi padre, de joven, soñaba con París. La burguesía sefardí de Tesalónica hablaba francés, además del viejo castellano que de puertas adentro se llamaba *djidio* y de puertas afuera, judeoespañol.

Yo nací en Francia y no heredé ninguna nacionalidad extranjera. Mis padres tenían una identidad de ciudad como una especie de halo detrás de su nueva nacionalidad francesa. En familia hablaban *djidio*, nunca conmigo, pero yo tenía ese español en el oído. En España me sorprendió entender en parte la lengua y hablarla más o menos mal. Luego sentí mucha alegría al poder practicar el castellano en España y en América Latina. Eso despertó en mí, que me creía descendiente directo de los expulsados de 1492 por Isabel la Católica, una identidad española, que por cierto puedo reivindicar legalmente, lo cual ha sido objeto de una propuesta oficial.

Siendo niño me convertí en francés de forma natural, ya que mis padres hablaban francés conmigo y en la escuela mi mente incorporó la historia de Francia. Sentí como mía esa historia y me emocionó la evocación de Vercingétorix, Bouvines, Juana de Arco, el asesinato de Enrique IV, la Revolución, Valmy, la primera campaña de Italia, Austerlitz, Napoleón glorioso y Napoleón vencido en Santa Helena, 1848, 1870, la Comuna, la guerra de 1914-1918. No era en absoluto consciente de las sombras de esa historia, estaba totalmente impregnado de sus victorias y sus derrotas, sus glorias y sus quebrantos.

Y sufría por las zozobras padecidas, especialmente durante la guerra de los Cien Años, cuando Francia estuvo a punto de desaparecer. Por eso, enraizado en esa historia, me siento visceralmente francés.

Al mismo tiempo, descubría que era judío. Mis padres, aunque laicizados, me llevaban a la cena de Pascua en casa de mi abuela, celebrada en judeoespañol en presencia del rabino Perahia. Había sido circuncidado —sin saberlo, evidentemente—, pero mi padre no me había hecho preparar mi *bar mitzvá* en la sinagoga, donde se aprende para ello un poco de hebreo y algunas plegarias. Ante la insistencia de un cuñado muy piadoso, se resignó a un compromiso: le pidió al rabino de la sinagoga de la rue Buffault que celebrase el rito sin preparación previa, aduciendo que yo era un pobre huerfanito. Tuve que repetir las palabras hebreas que me apuntaba el rabino y hacer una pequeña declaración en francés, diciendo que siempre sería respetuoso con mi familia.

Fue sobre todo en el instituto, y en mi clase, donde había católicos, algunos protestantes, cinco judíos y varios hijos de librepensadores, donde algunos compañeros me preguntaron cuál era mi religión. O sea, que era judío, pero esa identidad no tenía ningún contenido cultural. Era percibida sobre todo como algo extraño por algunos, y malo para los que habían heredado el antisemitismo de sus padres.

Aunque sufrí muy pocas ofensas personales en mi juventud, sí tuve que soportar el antisemitismo extremadamente violento de la prensa de derechas, y luego el de Vichy, sin que ello pusiera interiormente en cuestión mi identidad francesa, cada vez más ligada a la tradición humanista que va de Montaigne a Hugo.

HUMANISTA ANTE TODO

De hecho, mi conciencia judía se diluía en mi búsqueda de una conciencia política humanista que trataba de encontrar una vía en medio de la crisis de la democracia, el antifascismo y el antiestalinismo. Tenía diecisiete años cuando los nazis privaron a los judíos alemanes de sus derechos civiles y organizaron la Noche de los Cristales Rotos, en noviembre de 1938. Seguía siendo pacifista, deseoso de conservar un punto de vista universal más que de anhelar, por ser judío, la guerra contra Alemania.

Bajo la ocupación, en la resistencia y después de la guerra, la identidad judía se despertaba y luego desaparecía. Habiendo adoptado en la resistencia el seudónimo de Morin, tuve después de la guerra la tentación de cambiar legalmente de nombre, como hicieron algunos, pero mantuve Nahoum en mi documento de identidad, añadiendo «alias Morin». Por último, como en esa época vivía intensamente la tragedia de los procesos comunistas, seguí un poco de lejos la guerra de independencia de Israel, feliz de que los combatientes y los kibutz desmintieran el mito del judío cobarde y solo interesado por el dinero.

Durante una estancia en Israel en 1965, por lo tanto, antes de la guerra de los Seis Días, descubrí el odio entre judíos y árabes. Abandoné mi búsqueda de raíces en esa nación. Posteriormente, la dominación de Israel sobre el pueblo árabe de Palestina me implicó de nuevo como judío, pero como uno de los últimos intelectuales judíos universalistas y anticoloniales y, por consiguiente, hostiles a la colonización de la Palestina árabe. Los artículos que escribí en esa época en *Le Monde*, donde no ponía en absoluto en cuestión la existencia de Israel, me valieron ser tratado de traidor y hasta de antisemita.

He escrito un libro de homenaje a mi padre y a mis antepasados, *Vidal y los suyos*,¹ lo cual hace ridícula toda acusación de odio, incluido el autoodio.

Jamás he discutido el derecho a la existencia del Estado de Israel y siempre he tenido conciencia de los peligros históricos que ha sufrido y podría sufrir en el futuro la nación israelí.

En cambio, he criticado la acción represora del Ejército y de la Policía israelíes sobre los palestinos, y he reconocido el derecho de estos últimos a un Estado nacional, conforme a las resoluciones de Naciones Unidas y a los difuntos acuerdos de Oslo. Mi verdadero deseo habría sido una nación común de árabes y judíos, tal como propugnaba Martin Buber.

Sé por experiencia histórica y vivida que un pueblo que coloniza a otro tiende a despreciarlo. Pero a menudo se halla, entre el pueblo colonizador, una minoría compasiva y empática, como es el caso aquí.

Considero que honro mejor la identidad judía con mi obra universalista que aquellos que injurian y calumnian en nombre de una identidad cerrada y exclusiva.

Reconozco mi ascendencia judía y afirmo que soy del pueblo maldito, y no del pueblo elegido, y me defino como posmarrano, es decir, como hijo de Montaigne (de ascendencia judía) y del Spinoza anatemizado por la sinagoga.

ESPAÑOL, ITALIANO Y EUROPEO

Mi identidad española viene del viejo castellano hablado en mi familia, de mi amor por el teatro y la literatura del Siglo de Oro, por García Lorca y Antonio Machado y, sobre todo,

1. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

de mis estancias en España, particularmente en Andalucía, donde volví a encontrar unos alimentos matriciales. Sin embargo, mi identidad italiana se volvió muy viva, no solo porque me sentí en la Toscana como en una patria recuperada y me impregné de Italia, sino también porque mis familias maternas Beressi y Mosseri son de ascendencia italiana. Incluso los Nahoum estuvieron durante un tiempo implantados en la Toscana, donde uno de ellos participó en el Risorgimento. Por lo demás, mi familia Nahoum obtuvo la nacionalidad italiana en Tesalónica en cuanto Italia se convirtió en un Estado unificado independiente.

Al igual que Felipe González, cuando era presidente del Gobierno español, propuso restituirme la nacionalidad española, la ciudad de Livorno me ofreció ser ciudadano de honor.

Me convertí políticamente en europeo en 1973, cuando descubrí que la Europa dominadora del mundo y potencia colonial inhumana ya no era más que un pobre vejstorio que había perdido sus colonias y solo podía sobrevivir gracias a las transfusiones de petróleo procedentes de Oriente Medio. Pero mis esperanzas europeas se degradaron con la subordinación de las instituciones europeas a las fuerzas tecnoburocráticas y luego financieras. Finalmente, las divergencias entre las exdemocracias populares y las naciones fundadoras, la presión destructora de las autoridades de la Unión Europea sobre el Gobierno griego de Tsipras y la actitud general respecto a los migrantes de Afganistán y de Siria acabaron de decepcionarme.

Deseo que lo que aún subsiste no se desintegre, pero he perdido la fe en Europa.

Mi cultura humanista me ha hecho preocuparme desde la adolescencia por el destino de la humanidad. Cuando Philippe Dechartre, uno de los jefes del movimiento de la resistencia al que me afilié, me preguntó qué había motivado mi entrada en la lucha clandestina, le contesté que no era solo para liberar a Francia, sino también para participar en la lucha de toda la humanidad por su emancipación, cosa que yo por aquel entonces confundía con el comunismo.

Una vez disipada esa confusión, me afilié hacia 1952-1953 a los Citoyens du Monde, cuyo carnet todavía conservo. Luego tomé conciencia de que vivíamos los desarrollos de la era planetaria iniciada en 1492, tomando el término prestado a Heidegger. En la revista *Arguments*, me dediqué a los problemas de lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. Escribí y publiqué en 1993 *Tierra-Patria*,² después fui adepto a una forma de altermundialismo, consciente de que la globalización tecnoeconómica había creado una comunidad de destino entre todos los humanos. A través, por tanto, de Tierra-Patria y de la comunidad de destino, vuelvo a mi identidad primera y sustantiva de ser humano.

ENCABALGAMIENTO DE IDENTIDADES

En París, durante los tiempos de la resistencia, en mi documento de identidad era Gaston Poncet para mi portera y para los controles policiales, Morin para mis camaradas y Nahoum cuando escribía a mi padre o visitaba a los parientes.

Una vez se produjo un encontronazo entre dos identidades.

2. Barcelona, Kairós, 1993.

Un día fui con una hermosa prostituta a un hotel de Pigalle frecuentado por oficiales alemanes. Cuando ella se apoderó de mi sexo, tomé conciencia con espanto de que estaba circuncidado. La prostituta hizo los mejores esfuerzos por endurecer un miembro completamente flácido. Despechada por su fracaso, se fue a la habitación contigua a follar con unos militares. Yo me vestí y abandoné discretamente el hotel; Nahoum había surgido de repente y había expulsado a Morin.

Tras la liberación, volví a ser Nahoum para todo lo oficial, en mi carnet de identidad y en mi pasaporte. No oculto ese apellido, los artículos sobre mi persona lo mencionan y algunos incluso me hacen por comprensión generacional originario de Tesalónica. Pero, en definitiva, estoy contento de ser identitariamente a la vez hijo de mi padre y de mis obras. Hubiera querido conservar oficialmente el apellido Beressi, que es el de mi familia materna, a la cual me siento profundamente ligado, pero no lo pensé en su momento.

En definitiva, vivo mi poliidentidad no como una anomalía, sino como una riqueza. Esas identidades se suceden de manera diversa según las condiciones internas o externas en mi yo y en el Edgar que las integra.

IDENTIDAD FAMILIAR

Mis padres tenían seis o siete hermanos y hermanas. Una comunidad de ayuda mutua los mantuvo unidos durante toda su vida. Las parejas de mi generación solo tenían un hijo o dos. Con el final de la familia extensa, los lazos se distendieron. Siendo hijo único, a veces me reunía con tíos, tías y primos; con alguno de ellos tejí lazos afectivos especiales.

La muerte de mi madre Luna cuando yo tenía diez años agravó mi soledad. De ella quedó solamente una gran presencia mítica, pero ninguna presencia física. Viví la protección exagerada de mi padre sobre su hijo único como una servidumbre de la que me liberaba en cuanto tenía ocasión. Viví realmente fuera de la familia, en la escuela, en el cine, en los libros, en las calles. Allí me eduqué y aprendí mis verdades.

Una vez casado y padre de dos hijas, no intenté educarlas, pues pensé que no había nada mejor que educarse a uno mismo, como fue mi caso. Me separé de Violette cuando las niñas tenían once y doce años, y entonces mi vida amorosa, así como mis obsesiones intelectuales y políticas, suspendieron varias veces nuestras relaciones sin ponerles, sin embargo, fin. No fui un buen hijo ni un buen padre, pero fui un esposo amado y amante.

Con el tiempo, no solo me fui reconciliando con mi padre, sino que lo integré en mí. Y cuando murió, me sentía tan avergonzado por no haberlo apreciado como hubiera debido y como merecía que dediqué un libro a su persona y a su vida. Y aunque su muerte, ocurrida en 1984, esté cronológicamente cada vez más lejana, su presencia en mí es cada vez más próxima. Mi cara se parecía a la de mi madre, y ahora se parece a la suya. Al ver de pronto algunas de mis fotos recientes con Sabah, surge como un *flash* la idea de que soy él y no yo. Papá está en mí a los noventa y nueve años.

Estos últimos años me habría gustado recuperar una vida de familia con mis hijas. Soy como el personaje de *Mula* (*The Mule*) encarnado por Clint Eastwood, que se ha pasado la vida dedicado a la jardinería y a participar en concursos florales, descuidando bodas y fiestas familiares, y que ahora solo aspira a recuperar su cálida comunidad. Bien es verdad que se han deshecho algunos malentendidos con mi hija Véronique,

y mi hija Irène me acepta como soy, pero mi alejamiento en Montpellier, los confinamientos debidos a la COVID, y luego mis hospitalizaciones y mi convalecencia en Marruecos impiden que mi deseo se realice. Las aventuras de mi vida, mis pasiones amorosas e intelectuales, unidas a mis negligencias, me han privado de esa maravilla que es una familia unida.

No pude fundar mi familia, ya que mis tres matrimonios anteriores al último fueron a la vez lo bastante largos (dieciocho, dieciséis y veintiocho años) como para poder integrarme en una familia extraña al principio, y demasiado cortos como para permanecer en ella de forma duradera. Pero pude apreciar gracias a cada una de mis compañeras mundos nuevos para mí: el campo perigordino con Violette, el Quebec de la revolución tranquila y la condición afroamericana con Johanne, la casta médica con Edwige, y finalmente la vida intelectual francomarroquí con Sabah.

Aunque soy un compañero amado y amante, las evoluciones divergentes de nuestras personalidades desembocaron en mis dos separaciones, de Violette y de Johanne, pero el lazo se mantuvo hasta que murieron. Y solo la muerte me separó de Edwige en 2008.

Cuando me creía definitivamente destinado a vivir solo, tuve el encuentro inaudito con Sabah en 2009 por la más improbable de las casualidades, en el Festival de Fez de las Músicas Sacras del Mundo. Encuentro destinal, ya que con cuarenta años de distancia tuvimos un destino común. Ella había perdido a los diez años a un padre muy amado, como yo había perdido a la misma edad a mi adorada madre. Ella se había formado a sí misma, igual que yo me había construido en la soledad y la incomprensión de mi familia. Las mismas lecturas nos habían marcado de por vida, como la de Dostoievski. Ambos habíamos militado clandestinamente, yo

en la resistencia y ella durante los años de plomo del reinado de Hasán II. Y la desilusión que yo había expresado en *Auto-crítica*³ había contribuido a su propia desilusión.

Ella se había convertido en profesora de universidad, se había alimentado con mis libros, se había sentido reconfortada por mis tomas de posición sobre los trágicos acontecimientos de Oriente Medio.

El lazo más profundo que pueda existir nos ató el uno al otro.

Le debo no solo haber salvaguardado mi supervivencia y haber empezado a vivir de nuevo, sino que también le debo, repetidamente, la vida misma.

Está presente en mi obra, a menudo de forma invisible, a través de sus indicaciones, sus sugerencias, sus correcciones y sus críticas. Universitaria e investigadora, ha sacrificado su aportación creadora a la sociología urbana para dedicarse a mi existencia y a un pensamiento mío que ahora ya es común.

Siento la gran emoción que me proporciona la maravilla de un amor cotidiano, desde el beso de la mañana hasta el beso de la noche, la maravilla de pensar que su ternura solícita acompaña mis pasos hacia un centenario incierto.

LA UNIDAD PLURAL DE LA PERSONALIDAD

Nadie es el mismo en la ternura, en que florece una personalidad amante, y en la cólera, cuando aparece una personalidad violenta. Cuando escribí *Le vif du sujet*,⁴ en 1961-1962, me habían llamado la atención los casos de personalidad doble o

3. Barcelona, Kairós, 1976.

4. París, Seuil, 1969.

múltiple, en los que el mismo individuo cambiaba de cara, de temperamento, de letra, pasando inconscientemente de un yo al otro. Esto es visible en los llamados bipolares o maniaco-depresivos. La misma persona se muestra optimista, exaltada, hiperactiva, emprendedora, y luego, en su fase contraria, deprimida, pesimista, apática, inactiva. La misma persona puede pasar de la adoración exaltada en el amor a una lluvia de críticas, reproches y reprimendas. Ya no es la misma persona, aunque una y otra ocupen sucesivamente el mismo yo. Es como si el paso de un estado mental o emocional a otro se cristalizase en una personalidad coherente, con sus rasgos singulares, destinada a desaparecer y reaparecer.

Creo que lo mismo ocurre, si bien en menor medida, en cada uno de nosotros. Es lo que experimento cuando a veces me siento invadido por la melancolía de mi madre y, a veces, embargado por la jovial alegría de mi padre. Me siento tan pronto perezoso como hiperactivo, tan pronto soñoliento como despierto. Con las emociones estéticas me invaden estados de trance; me siento dominado por una fuerza a la vez superior, exterior e interior cuando estoy dedicado a la redacción de un libro. Y tras cada arrebato de cólera, sé que he sido poseído por mi propio demonio.

MI ITINERARIO INTELECTUAL EN SOLITARIO

Mi primer libro, *L'an zéro de l'Allemagne*,⁵ en el que recordaba mis experiencias de 1945-1946 en una Alemania devastada y atribulada, fue bien acogido. Aunque irritó a algunos germa-

5. París, La Cité Universelle, 1946.

nistas, no había entonces nadie más para tratar aquel momento único y extraordinario de la historia alemana. Asimismo, *El hombre y la muerte*,⁶ mi primer libro importante, con el cual inauguré mi modo de conocimiento transdisciplinario, no tuvo ninguna crítica especializada porque hasta entonces nadie había tratado nunca unas actitudes humanas paradójicas ante la muerte empleando a la vez la historia, la sociología y la psicología. Lo mismo sucedió con mi libro de antropología del cine,⁷ con el cual ningún experto se sintió interpelado, y luego con mi libro sobre las estrellas, personajes semimíticos que nunca habían interesado a los sociólogos.⁸

Posteriormente, en cambio, cuando empecé con *El método*,⁹ fui a menudo mal visto por algunos «propietarios» de ciertos campos de conocimiento, denunciado como incompetente o divulgador cuando reinterpretaba e interconectaba conocimientos dispersos y forjaba un método para tratar las complejidades.

Sé que han existido y existen mayores víctimas de la incompreensión y la calumnia. Pese a sentirme herido, pese a criticar lo que creo que son sus errores y, en el caso de algunos, su vanidad, jamás he atacado a mis atacantes.

También he sufrido, tras mi ruptura con el Partido Comunista, los insultos rutinarios que recibe cualquier excluido. He padecido las calumnias más desafortunadas por haber criticado la política represiva de Israel contra el pueblo palestino. Cualquier personaje público suscita innumerables enemistades. Pero también goza de amigos desconocidos...

He preferido mantenerme libre e independiente en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), don-

6. Barcelona, Kairós, 1994.

7. Referencia a *El cine o El hombre imaginario*, Barcelona, Seix Barral, 1961. [N. del E.]

8. Alusión a *Las estrellas del cine*, Buenos Aires, Eudeba, 1964. [N. del E.]

9. Madrid, Cátedra, 1986.

de era estimado favorablemente según la cantidad y no la calidad de mis trabajos, más que aspirar a una cátedra en una universidad de provincias, donde habría estado obsesionado por el deseo de ser destinado a París, soñando con la jubilación o la muerte de los titulares. No he aspirado a ningún cargo honorífico como el Collège de France, y jamás he fantaseado con la Academia Francesa. Pero he aceptado con satisfacción los treinta y ocho doctorados *honoris causa* recibidos en el extranjero.

¿QUIÉN SOY, EN DEFINITIVA?

He empleado varias páginas en describirme, sabiendo que ese autorretrato lleno de lagunas también comporta la ausencia de lo que ahora me dispongo a contar.

No soy solo una minúscula parte de una sociedad y un efímero momento del tiempo que pasa. La sociedad como un todo, con su lengua, su cultura y sus costumbres, está en mí. Mi tiempo vivido en los siglos xx y xxi está en mí. La especie humana está biológicamente en mí. El linaje de los mamíferos, los vertebrados, los animales y los pluricelulares está en mí.

La vida, fenómeno terrestre, está en mí. Y como todo ser vivo está constituido por moléculas, que son un ensamblaje de átomos, que a su vez son uniones de partículas, todo el mundo físico y la historia del universo están en mí.

Soy un todo para mí, siendo a la vez casi nada para el todo. Soy un humano entre ocho mil millones, soy un individuo singular y cualquiera, diferente y semejante a los demás. Soy el producto de acontecimientos y encuentros improbables, aleatorios, ambivalentes, sorprendentes e inesperados. Y al

mismo tiempo soy yo, un individuo concreto, dotado de una máquina hipercompleja autoecoorganizadora que es mi organismo, una máquina no trivial, capaz de responder a lo inesperado y de crear algo inesperado. El cerebro nos confiere a todos la mente y el alma, invisibles para el neurocientífico que analiza el cerebro, pero que emergen en cada ser humano al relacionarse con los demás y con el mundo.

Cada uno de nosotros es un microcosmos que lleva dentro de la unidad irreductible de su yo, a menudo inconscientemente, los múltiples todos de los que forma parte en el seno del gran todo. Esos múltiples todos están constituidos por la diversidad de nuestras ascendencias familiares y de nuestras pertenencias sociales.

El rechazo de una identidad monolítica o reductora, la conciencia de la unidad/multiplicidad (*unitas multiplex*) de la identidad son necesidades de higiene mental para mejorar las relaciones humanas.